

Antonia, que era individua de la Congregación de Hijas de María.

—Ahora os está mirando, dijo Bernardica á Antonia, que quedó estupefacta.

—Pregúntale, dijeron las dos, si le disgustará que durante estos quince días vengamos también nosotras contigo á esta gruta.

Bernardica cumplió el encargo, y la santa Virgen, verdadera Madre de misericordia, le respondió: *Pueden venir contigo ellas y las que gusten.*

Y desapareció, y tras ella desvaneci6se igualmente el resplandor que había iluminado la gruta.

## VIII

### Los tres primeros días de la quincena milagrosa

Las dos compañeras de Bernardica llevaron á sus parientes y conocidos la nueva de todo lo que habían visto y oído. Estos, vivamente impresionados, empezaron á darles algún crédito y resolvieron acompañarlas á su vez en otra expedición. Bernardica les contó con su acostumbrada sencillez lo que le había dicho la Señora de la gruta, y cómo le había hecho prometer que iría cada día durante una quincena seguida.

Era cabalmente aquel día en Lourdes día de mercado. El rumor de las apariciones de la gruta de

Massabielle se esparció entre la multitud, y desde el día siguiente la gran noticia conmovió, no solamente la población de Lourdes, sino toda su comarca, el llano y la montaña. «Si la aparición es real, decían aquellas buenas gentes, sin duda es María Santísima quien se aparece á Bernardica.»

El viernes, 19, á la madrugada llegó otra vez Bernardica á su querida gruta, acompañada de su padre, madre y de un centenar de personas que la aguardaban ya de antemano en aquel sitio. La multitud de concurrentes fué creciendo sucesivamente. El día 20 eran cuatrocientos ó quinientos; el domingo, 21, algunos miles. Llenaban todos los alrededores de la gruta, y cubrían por completo el terreno comunal al otro lado del arroyo.

La madre de Bernardica tuvo la dicha de ver con sus propios ojos el éxtasis de su hija al presentársele la aparición: vió, como todos los demás, su tierna fisonomía, tan modesta y vulgar en su estado natural, iluminarse de repente y como transfigurarse. Su frente estaba radiante. Todos sus rasgos parecían animarse y adquirir no sé qué de celestial y divino; su boca entreabierta expresaba la admiración, la felicidad y la aspiración al cielo; sus ojuelos fijos y brillantes revelaban la dicha de una contemplación deliciosísima, reflejando el gozo inefable de su corazón.

Cuantos han visto á Bernardica en estos momentos de éxtasis, aseguran que nada hay parecido á aquello sobre la tierra, y que la impresión que les

causó les dura aún después de muchos años, viva como el primer día.

En cuanto á la dichosa niña, la *vidente*, como desde entonces empezaron á llamarla, conservaba, en medio de esta admiración de que era objeto, todo su candor y nativa ingenuidad. Vestidita siempre con su ordinario traje negro, envuelta la cabeza y espaldas en su capuchita de lana blanca, adelantóse también esta vez tranquilamente con un cirio en la mano; arrodillóse delante de la gruta, tomó su rosario y empezó á rezar como de costumbre. Todo respiraba en ella inocencia, verdad y ausencia de pretensiones. La celestial aparición se presentó al momento que la niña privilegiada hubo terminado su rosario.

La multitud continuaba callada y respetuosa; al pasar Bernardica todos la abrían paso con veneración, como si el soplo invisible de la gracia pasase por encima de aquella piadosa concurrencia.

El domingo, 21, la Santísima Virgen mostróse como de costumbre á su amiga, siempre con su mismo traje blanco y luminoso, su ceñidor azul, su rosario blanco y dorado. Sonrió como otras veces á Bernardica, y la saludó con un gracioso movimiento de la cabeza y de la mano.

Hubo un momento en que la aparición pareció hacerse hacia atrás, y como hundirse en el interior de la roca. Para no perderla de vista, la pobre niña fué acercándose sobre sus rodillas hacia el fondo de la gruta y observando que la fisonomía de la Señora se

había puesto de repente triste y compungida: «¿Qué tenéis? se atrevió á preguntar, ¿qué debo hacer?» *Rogar por los pecadores*, respondió la Madre de misericordia. Y los circunstantes vieron dos gruesas lágrimas rodar por las mejillas de Bernardica, cuyos ojos permanecían desmesuradamente abiertos y clavados en María. Pronto, empero, resplandeció otra vez el júbilo en el rostro de la muchacha, pues la Virgen á su vez había también recobrado su alegre aspecto de costumbre. Después de lo cual todo otra vez desapareció.

## IX

### Contrariedades y persecuciones que se le suscitaron á la pobre Bernardica

Las obras de Dios son siempre contrariadas por la malignidad del demonio y por las pasiones é ignorancia de los hombres. Las maravillas que para gloria de Dios y salud de las almas estaban realizándose y debían multiplicarse en la gruta de Lourdes, fueron desde luego atacadas y desnaturalizadas.

«Unos gritaron: ¡Superstición! ¡ilusiones! ¡bobería! «La muchacha está loca, decían: que se le encierre.» Otros empezaron á hablar de trampa y superchería. «Es un petardo, todo acabará por sacarles dinero á los bausanes. La niña está representando una farsa

indigna. Preciso es que tome cartas en el asunto la justicia.» Otros, finalmente, más templados ó algo más enterados de los hechos, viendo que no se podía sospechar de la ingenuidad, ni de la honradez de la muchacha, «eso serán, decían, meros fenómenos naturales que son del dominio de la fisiología. La ciencia sabe perfectamente los varios fenómenos que ofrecen la catalepsia, el histérico y la alucinación. Que un buen médico examine de cerca las cosas, y de fijo las pretendidas visiones desaparecerán como la nieve al ardor del sol.»

La población de Lourdes estaba literalmente fuera de sí. El comisario de policía, ya que al parecer un buen comisario de policía no está obligado á creer en milagros, creyó haber hallado excelente ocasión de acreditar su celo. La tarde, pues, del mismo domingo, después de Vísperas, uno de sus agentes, viendo á la multitud que asediaba á Bernardica con sus preguntas, quiso detenerla «en nombre de la ley,» á pesar de la justa indignación de todos. «Seguidme á casa del comisario de policía,» dijo á la muchacha.

El milano fué esta vez cogido por la paloma. De todo se valió el astuto comisario: buen modo, caricias paternas, burlas, amenazas, promesas, todo lo probó para desorientar á la pobrecita lugareña. Como esta decía la verdad, no le bastaba más que seguir afirmándose en ella, y esta misma verdad, cándida y sencillamente expuesta, traía mohino y desconcertado al comisario. Resistía tenazmente á ella el buen señor,

pero de cualquier lado que se volviese se la encontraba firme, luminosa, incontestable. Bernardica continuaba tranquila é inmóvil; la Virgen María protegía evidentemente á su devota hija. «¡Qué firmeza en todo lo que expone!» decía al comisario un testigo del interrogatorio. «¡Qué acento de verdad! Indudablemente ella cree haber visto algo. Es incapaz de mentir.»

Una hora larga duró el examen. El comisario estaba furioso; por añadidura la multitud empezaba á indignarse y á ponerse en actitud amenazadora. El padre de Bernardica presentóse á reclamar á su hija, pero fué materialmente amenazado por el empleado, que le prometió prohibir formalmente á Bernardica sus visitas á la gruta. «La perdono por esta vez, dijo en alta voz el celoso funcionario, pero en caso de reincidencia irá sin remedio á la cárcel. Sabéis que el procurador imperial no admite en estos asuntos temporización alguna.» Y despedidos con un gesto brutal, padre é hija volvieron á su casa con gran satisfacción de la multitud.

En cuanto á la honradez de Bernardica y de sus padres, fué tentada aún por otros medios menos delicados: pero siempre con igual resultado. Se les ofreció plata y oro, se les hicieron seductoras promesas. Todo lo rehusaron, y no obstante... ¡sabe muy bien Dios cuán pobres eran!

Los médicos y muchos de los que á sí propios se llaman modestamente «los hombres de la ciencia,»

no quisieron ser menos. Desde el domingo, 21, uno de los principales médicos de Lourdes, el Dr. Dozous, quiso darse cuenta á sí mismo, por propia experiencia, de los fenómenos « catalépticos é histéricos » que según él, podían dar satisfactoria explicación de todo el caso. Presentóse, pues, muy de madrugada á la gruta, colocóse junto á Bernardica al llegar allí la niña, resuelto á examinarlo todo muy de cerca con sus propios ojos.

Quedó pasmado. Ninguno de los caracteres de las enfermedades hasta la sazón conocidas se manifestaba allí. Absorta en la contemplación de la Santísima Virgen, la niña conservaba perfecto conocimiento de todo lo que pasaba á su rededor; un cirio estaba á punto de apagarse, y ella extendía su mano luego para avivarlo; y cuando álguien con un bastón pretendía tocar el rosal silvestre, en el que tenía fijos sus ojos, ella hacía inmediatamente señal de que se abstudiesen de tocarlo, manifestando al mismo tiempo en su rostro la mayor ansiedad. « Aquí no hay la catalepsia con su rigidez, decía el médico, ni la alucinación con su inconsciencia; es un hecho extraordinario, de un orden totalmente desconocido á la medicina.

Tocóle el brazo á Bernardica, y hallóselo flexible. Tomóle el pulso: las pulsaciones eran tranquilas, regulares y perfectamente normales. Nigún síntoma de enfermedad. Decididamente « la ciencia » había perdido el pleito.

Sin embargo, continuaron las contradicciones y acabaron por verdaderas persecuciones. El comisario de policía se portó indignamente, llevando el asunto hasta el despacho del procurador imperial, hasta la prefectura de Tarbes. Dictóse contra la inocente niña una orden de comparecencia, por « medida administrativa » (es decir, por el derecho del más fuerte, que no permite discusión); Bernardica, declarada loca por parte del prefecto, estuvo á punto de ser arrancada á su padre y á su madre y encerrada en una casa de dementes. Sin la energía verdaderamente sacerdotal del venerable párroco de Lourdes, se habría consumado el crimen. « Esta niña es inocente, exclamó indignado cuando el procurador imperial y el alcalde de Lourdes fueron á denunciarle la decisión del prefecto; esa niña es inocente, y no habéis podido hallar pretexto alguno para perseguirla. Semejante medida sería la más odiosa de las persecuciones, tanto más odiosa cuanto que se trata de vejar á un pobre sér indefenso. El prefecto no puede por ningún título decretar la detención de Bernardica. Clérigo y cura de esta parroquia, me debo á todos y en particular á los débiles. Comprendo mi deber de pastor. Id, pues, á decir al prefecto que los gendarmes me han encontrado en casa de esta pobre familia, y que tendrán que pasar por encima de mi cuerpo antes que toquen un solo pelo de la cabeza de esta pobre niña. Haced averiguaciones, libres sois, mas si queréis vejar á personas inocentes,

sabed que antes de tocar á la última y á la menor de mis ovejas, tendréis que empezar por mí.» No se atrevieron á pasar adelante, y la inocente niña fué salvada por la Virgen Santísima primero, y después por el valor y la fe del abate Peyramale.

Este excelente sacerdote tenía más derecho que cualquier otro á tomar á su cuidado la causa de Bernardica, puesto que desde el principio de las apariciones había guardado la más prudente y completa reserva relativamente á los hechos de la gruta. Había exigido la misma actitud por parte de sus vicarios, dejando primero al tiempo y luego á su Obispo el cuidado de determinar de una manera definitiva el carácter verdadero de las misteriosas apariciones.

Tocante á Bernardica, mucho tuvo que sufrir hasta que la evidencia de la verdad y el inmenso poder de la inmaculada Virgen hubiesen triunfado de todos los obstáculos.

Un día, durante la aparición, el comisario de policía y el brigadier de los gendarmes llevaron su insolencia hasta el punto de querer meterse, por decirlo así, entre Bernardica y la Madre de Dios. Se colocaron delante de la niña arrebatada en éxtasis y trataron de perturbarla; pero su madrina, indignada, defendió enérgicamente la libertad de la niña, que no hacía mal alguno, y á quien nadie tenía derecho de mortificar.

Muchas veces fueron amenazados los padres de Bernardica, lo mismo que ella; pero nada pudo do-

blegar la tranquila firmeza de la pobre niña, antes bien animaba á su familia, diciéndoles repetidamente: «No harán todo lo que dicen, y Dios es más fuerte que ellos. No temais: haced como yo, que no tengo miedo. Si me meten en la cárcel, tendrán el trabajo de sacarme de allí.»

Estas contradicciones y persecuciones duraron muchos meses. Pero volvamos á la relación de las maravillosas apariciones.

## X

### Día quinto de la quincena

Al volver á su casa, después de la violenta escena del comisario de policía, el padre Soubirous prohibió á la pobre Bernardica volver en adelante á la gruta. La niña, de esforzado corazón, estaba sumisa. No sabía desobedecer, como no sabía mentir.

El lunes, 22 de Febrero, fué enviada temprano á la escuela, donde la esperaban otras penas. A más de la privación que se acababa de imponerle, privación que su amante corazón sentía profundamente, tuvo el disgusto de verse puesta en ridículo por algunas niñas de la escuela y, lo que es peor, por las Religiosas, que no creían en la realidad de las apariciones, permitiéndolo Dios así para probar á la privilegiada niña. No tenían tiempo aún para co-

nocer bien á Bernardica, y se creyeron en el deber de prohibirle ellas también que fuese á la gruta.

La pobre niña no sabía que hacer: no quería obedecer á su padre ni á las Hermanas; y sin embargo creía obrar mal faltando á la promesa que había hecho á la misteriosa Señora, tan hermosa, tan buena, tan amada. Dios bondadoso se encargó de resolver la dificultad. En el momento en que Bernardica salía de la escuela para regresar á su casa, una fuerza extraña, irresistible, se apoderó de ella y la trasladó, como llevada por el viento, al pié de la gruta, donde se encontró sin saber cómo.

Toda la mañana hubo una multitud considerable esperando en vano á la pequeña *vidente*. Cuando esta llegó, á eso de las doce y media, había aún mucha gente.

Mas ¡ay! Los días se suceden, y no se parecen por más que Bernardica oraba, miraba, rezaba y volvía á rezar el Rosario, no se le aparecía nada. Pasóse así muy largo espacio. Desconsolada la niña se volvió llorando. Asediada por mil preguntas, respondía con dulzura, anegados en lágrimas los ojos: «Hoy no se me ha aparecido la Señora; nada he visto.» Muchos se burlaban de ella. «Los otros días, añadía Bernardica, la he visto como os veo á vosotros, y nos hablábamos ella y yo; pero hoy no está, no sé por qué.»

Regresó á su casa llorando y orando. «¿Habré cometido alguna falta?» se preguntaba. Mas su con-

ciencia de nada la acusaba: á pesar de su disgusto, estaba llena de esperanza.

—¿De dónde vienes? la preguntó su padre al verla entrar.

Bernardica refirió lo que le había pasado.

—¿Y dices que una fuerza te llevó á pesar tuyo?

—Sí, respondió ella.

«Es verdad, pensó, pues esta niña nunca ha mentido.»

Y después de reflexionar un momento, tomando su resolución, dijo á su hija:

—Pues bien, toda vez que es así, pues que te ha arrastrado una fuerza superior, no te prohibo que vayas á la gruta, y te dejo libre.

Este permiso inesperado llenó de júbilo á la pobre muchacha.

## XI

### Bernardica á los piés de la santísima Virgen

En la primera parte de la milagrosa quincena Bernardica no recibió orden alguna de la Virgen. Permanecía ordinariamente arrodillada á la entrada de la gruta mientras duraba su arrobamiento. Pasaba el tiempo de la aparición contemplando plácidamente á la gloriosa é inmaculada Virgen, Reina del Rosario; á Aquella que es la dulzura del cielo y de la tierra.